

AGUA

17 de junio de 2017

¡SÉ COMO EL AGUA, AMIGO!

El agua es el principio de todo. Tales lo dijo, Bruce Lee lo convirtió en filosofía marcial, Heráclito recordó que no se puede entrar dos veces en el mismo río, Lucrecio habló de la continua transformación del agua. Pero el agua es también un campo de lucha; quizá el más antiguo. En esta conversación, quienes se sientan alrededor de la mesa — una hidrogeóloga, un activista por el derecho al agua, una pionera del movimiento ambiental y tres artistas — miran el agua desde distintos lugares, pero todos ven lo mismo: un mundo donde el agua ya no puede fluir libremente.

Una activista, al relatar su trayectoria, dice "yo soy como el agua." Una vida que va desde la arquitectura del paisaje hasta la campaña por el derecho al agua. Al principio está el descubrimiento de los arroyos y manantiales de Estambul; en el medio, comprender cómo la planificación urbana invisibilizó el agua; al final, estar dentro del movimiento internacional por la justicia hídrica. Cuando se producen cortes de agua en Estambul, la idea del agua como derecho se concretiza. En Bolivia estallan guerras del agua, en Sudáfrica los grifos pasan a ser prepago, en Irlanda la gente sale a la calle contra la factura del agua. Es una ola global, pero en Turquía aún no se habla lo suficiente. Así nace la Campaña por el Derecho al Agua.

Se parte con la demanda de que el agua sea reconocida como derecho humano fundamental. La aceptación del agua como derecho humano por la ONU en 2010 fue una conquista, pero quedó en el papel. Porque al mismo tiempo se acelera la mercantilización del agua, se privatizan las aguas municipales, la industria del agua embotellada crece exponencialmente. Y la pregunta queda flotando:

"El agua tiene derecho a fluir. Hablamos del derecho humano al agua, pero no del derecho del agua misma. ¿Por qué un arroyo no debería fluir libremente?"

El derecho al agua no es un concepto que pertenezca solo a los seres humanos; el agua misma tiene derechos. Fluir libremente, encontrar su camino, circular bajo tierra, llegar al mar. Cuanto más la encerramos en tuberías, represas, botellas y canales, más obstruimos nuestras propias venas. Que Bolivia haya escrito los derechos de la naturaleza en su constitución, el concepto de Pacha Mama de Ecuador — son señales de geografías lejanas pero buscan respuesta a la misma pregunta: ¿se puede poseer el agua? En Italia, un referéndum detuvo la privatización del agua. En Grecia, en Irlanda, en todas partes la gente protesta contra la mercantilización del agua. Pero en Turquía este debate aún no se ha instalado en un terreno lo suficientemente amplio. El activismo por el derecho al agua permanece como un nicho dentro del movimiento ambiental; sin embargo, cada gota que sale del grifo es política.

LOS VALLES EN REBELIÓN

Una voz se alza desde el Mar Negro. La historia de la lucha contra las centrales hidroeléctricas en los valles de Arhavi es, en realidad, una historia de traducción. Por un lado está el lenguaje de los activistas que vienen de Estambul, de Ankara — derecho, evaluación de impacto ambiental, sentencias judiciales, mediciones de sección transversal, caudales ecológicos. Por otro, el lenguaje del campesino: arroyo, pez, avellana, té, abeja, tierra. Traducir entre ambos es quizás la parte más difícil de la lucha. Pero esta traducción no es unidireccional; las mujeres campesinas también traducen sus saberes, sus cuerpos, sus voces al lenguaje activista. Y a veces la traducción más efectiva ocurre cuando una mujer se tiende frente a una excavadora.

Cuando la radiación de Chernóbil cayó sobre el Mar Negro, una generación conoció el cáncer. El veneno invisible que se depositó en las hojas de té, en las avellanas, en la tierra, regresó años después como enfermedad. Pero esa experiencia enseñó otra cosa: la cuestión ambiental pasa por el cuerpo. El daño que causa una central hidroeléctrica es como una metástasis. No colapsa un solo órgano sino todo el sistema. Cuando se instalan las tuberías en el arroyo, no solo se corta el agua; el pez se va, el huerto se seca, las abejas disminuyen, el rendimiento de la avellana cae, los jóvenes emigran del pueblo. Y cuando las mujeres se tienden frente a las excavadoras, no lo hacen solo por un arroyo sino por toda una forma de vida.

Se ponen máscaras de gavilán — símbolo de resistencia y vía para hablar como la naturaleza misma. Cuando llegó la empresa MNG, Havva Ana se plantó frente a la excavadora. Aprendieron derecho, aprendieron mediciones de sección transversal, memorizaron los caudales ecológicos, fueron a los tribunales. Estas no eran sus metas en la vida; pero la lucha lleva a las personas a lugares inesperados. Después de un tiempo, tras el tercer o cuarto panel, uno empieza a pensar por sí mismo "y si yo también fuera al seminario, si cuando Oğuz Hoca no pueda venir, lo explico yo." ¿Quizás se podría hacer algo así en el salón de té del pueblo?

"No tienes que ser víctima directa de algo para involucrarte en una cuestión ecológica. Lo importante es que la víctima es global. Hay que subrayar el hecho de que todos tienen derecho a opinar sobre todo, y rechazar e ignorar los usos contrarios de este principio."

Y Ceraltepe. En la cima misma de los valles donde se libra la lucha contra las centrales hidroeléctricas, se planea abrir piscinas de cianuro. Si comienza una operación minera masiva de cuarenta kilómetros de diámetro, el debate sobre las centrales parecerá inocente. Porque el cianuro se propagará desde el punto de origen de las aguas subterráneas. Como un medicamento inyectado por vía intravenosa, circulará desde la punta del pie hasta el cerebro. Fluya o no fluya el agua del arroyo, estará envenenada. Todo el valle, toda la cuenca, toda la vida.

"Se nos acaban las cosas que salvar. Por eso quizás tengo tanta prisa."

Últimamente la vertiente callejera de la lucha se ha vuelto más difícil. Hay soledad. En Gezi todo el mundo se abrazaba calurosamente; había cosas muy naturales, espontáneas, surgidas colectivamente — consignas, palabras, chistes, pequeñas solidaridades cotidianas. Eso fue lo que hizo Gezi: la confluencia de resistencias que durante años se habían llevado por separado en cada lugar — derechos animales, medio ambiente, derecho a la ciudad. Ahora esa energía parece haberse dispersado, la atención se fragmenta, hay otros ataques, una soledad seria. Pero ¿no se vuelve a confluir una y otra vez? Este encuentro mismo es una respuesta: sentarse a conversar, respirar, escucharse mutuamente.

BAJO LA TIERRA, SOBRE LA TIERRA

Una hidrogeóloga habla de Mardin, de la Llanura de Kızıltepe. Allí las aguas subterráneas bajan rápidamente. Cada año los pozos se hunden más, el nivel freático desciende. Cuando la sequía y el riego excesivo se combinan, la agricultura de la llanura llega al borde del colapso. Los agricultores cortan las rutas comerciales en protesta — una protesta hídrica en su forma más cruda. Pero detrás hay una desesperación profunda: nadie sabe qué hacer cuando el pozo se seca.

"Si hay agua hay vida. Si no hay agua, no hay nada."

La teoría de los comunes de Ostrom se concretiza aquí: el agua no es ni del Estado ni del mercado, es de todos. Pero "de todos" no debe significar "de nadie es responsable." Existen modelos de autogestión donde las comunidades pueden proteger, compartir y sostener sus propios recursos hídricos. Los modelos de dinámica de sistemas muestran lo mismo: cuando el agua baja, primero se afectan los más vulnerables — los pequeños agricultores, los animales, los árboles. Luego los círculos de vulnerabilidad se amplían. Cuando finalmente los pozos se secan, todos quedan igualados — en la sed. En la ciudad el panorama es completamente distinto.

Tiras de la cadena, te duchas. ¿Adónde va esa agua? A plantas de tratamiento, enormes instalaciones operadas con fines de lucro por empresas privadas. De los canales salen camas, neumáticos de camión, refrigeradores. Y en los días lluviosos, las zonas industriales organizadas vierten sus aguas químicas sin pretratamiento. Porque el pretratamiento es un costo, y la lluvia es una oportunidad para evadir la supervisión. Comemos pescado del Bósforo sin preguntar en qué aguas nadó. Pero incluso la palabra "sostenibilidad" es cuestionada. ¿Qué es lo que sostenemos? La confesión de alguien con formación de ingeniería es reveladora: "Lo que nos enseñaron fue siempre hacer algo y que tiene que haber resultados inmediatos.

Pero la vida no es tan clara. No hay que pensar a corto plazo, y en vez de decir 'esto resultará en aquello', emprendimos un camino, estamos haciendo algo."

"El agua fluirá, encontrará su camino. No creo que necesitemos ir muy rápido."

Y cuando decimos "local" siempre pensamos en lo rural, pero nuestro local también es aquí — esta ciudad. Estambul tiene una estructura que desborda los límites de su geografía urbana. ¿Qué se puede hacer aquí? Que las personas de aquí conozcan mejor el exterior, que los de afuera vengan aquí, que el conocimiento fluya en dos direcciones. El lenguaje visual siempre ha sido más poderoso que el escrito y el oral a lo largo de la historia. Cómo hacer que el arte, lo visual, el lenguaje creativo se encuentre con los movimientos sociales, cómo expandirlo — conversar juntos sobre estas cosas, alimentarnos mutuamente, compartir ejemplos que quizás nunca estuvieron aquí.

SIN DINERO NO HAY AGUA

¿Cuándo empezamos a comprar agua? En los años ochenta, cuando entrabas a una tienda y decías "tengo mucha sed," el tendero te daba un vaso de agua. Gratis. Esa agua es ahora una mercancía, dentro de una botella de plástico, detrás de una marca. Esta transformación fue tan gradual que ni nos dimos cuenta. Igual que la sartén de cobre fue reemplazada por el teflón antiadherente; igual que la minga fue reemplazada por el consumo individual.

Se ofreció comodidad, no se preguntó el precio. Una artista intenta revertir esta transformación. Compra y planta árboles con su propio dinero para reemplazar los talados para la construcción en Estambul. Pero su verdadera preocupación son las aguas ahogadas de Estambul. Los arroyos tapados, enterrados bajo hormigón, convertidos en canales de aguas negras. En esta ciudad hay unos ochenta arroyos conocidos y no se ha hecho un trabajo colectivo sobre ninguno de ellos. Dónde nacen, dónde terminan, cuáles siguen fluyendo, cuáles ya murieron. En los mapas antiguos de Estambul los caminos del agua son visibles; en los nuevos no queda ni rastro.

Descubrir un arroyo subterráneo — ¿quién lo hará?

"Por donde deberían fluir corrientes de vida, fluyen tuberías y aguas negras. Con nuestras propias decisiones, dentro de esta civilización de la basura, los convertimos en rutas de desechos."

Otra artista instala una obra llamada "Maruz" a orillas del Kurbağalidere. El arroyo ya no fluye, huele. Quiere exponer a la gente a ese olor, a ese paisaje. El agua nos sirve de espejo; cuando miramos vemos nuestro propio reflejo, pero no queremos ver. Y un tercer artista dice que el agua está en la naturaleza misma del cine. Lo que los primeros cineastas siempre quisieron filmar fue el agua — flujo, atemporalidad, movimiento. "La atemporalidad y el estado fluido del agua, que el cine también sea un poco así — son cosas conectadas." El espectador encuentra su propio tiempo dentro de ese flujo. Y quizás el cine también es como el agua: fluye, se transforma, desaparece, pero deja huella.

Hay que ir por lo concreto. Cuando hay algo concreto en juego, la gente empieza a decir "ah, sí, puede ser" y se acerca. Los ochenta arroyos de Estambul — esto podría ser un proyecto concreto. Dónde nacen, dónde terminan, cuáles siguen vivos. Hay mapas antiguos, mapas de agua; alguien es coleccionista y tiene mapas históricos. Cada uno de estos arroyos nos servirá de espejo: al mirar veremos el agua, y dentro del agua nos veremos a nosotros mismos.

HECHO, CONCEPTO Y ODRE

El momento más inesperado de esta conversación es quizás cuando se habla de la elaboración de queso. Alguien describe un queso tulum: "Primero colamos el queso con una gasa. Luego lo presionamos dentro del odre de piel de cabra, llenándolo a presión. Lo que quepa. Después lo enterramos. Tres meses después sale un queso exquisito." Esto es una metáfora: si un académico no espera lo suficiente para interpretar un hecho, cae al mismo nivel de lo que escuchó. Por eso mismo, presionar el hecho dentro del concepto, enterrarlo, esperar a que madure. Tanto ir a un lugar sin ser de allí, como definir tu vida por otra práctica — arte, academia, activismo — y tratar de establecer una relación desde ahí; "era algo que nos amasaba la cabeza y del que no podíamos salir fácilmente. Por eso el queso, el hecho, el concepto y el odre se unieron para nosotros." El conocimiento en los pueblos está oculto en la naturaleza y al borde de desaparecer.

Hacer collares con las fibras de la raíz de la hierba erati. Ensartar fresas silvestres por sus tallos — la parte de la raíz es dura, la unión con el tallo es blanda — y colgarlas del cuello. Observar durante una hora un nido de araña, ver que las crías devoran a la madre, y transformar esto en un dicho transmitido de generación en generación: "Hay que matar a la araña, estos niños me van a comer." Estas no son cosas que se aprenden en documentales, son saberes vividos. Allí hay una cultura de cuatro mil años. Hemşinlís, lazos, personas que hablan rumeýca. Cada uno tiene una relación diferente con el agua, con la tierra, con las plantas, pero todos se nutren de la misma raíz: vivir dentro de la naturaleza, producir con ella, aprender de ella. ¿Y cómo trasladaremos este conocimiento? Por un lado está la idea de "llevar" — llevar artistas, músicos, actores de teatro a los pueblos, organizar ecofestivales.

Pero por otro, en vez de "llevar," "producir juntos" es más acertado. El artista que llega no va a darle algo al lugar sino a conocer la experiencia que allí existe, a trabajar con ella. Ver el molino del pueblo, participar en la minga de recolección de avellanas, escuchar canciones por la noche — estas no son experiencias turísticas sino el suelo de la producción compartida. Cuidar el sendero, reparar el molino. Ya existen fuertes impulsos en las personas que tienen relación con esa geografía. La cuestión es sacar esa relación de lo unilateral. Hay personas que han construido una casa en el pueblo, que cultivan todo por sí mismas, que viven sin hacer compras. De ellas hay mucho que aprender. "Iremos allí, viviremos estas cosas que describo. No esperaremos resultados a corto plazo." Pero el proceso de menosprecio del campesino en Turquía ha sido tan largo que la gente se ha alienado de sus propios saberes. Las cosas del pueblo se convirtieron en motivo de vergüenza. Verdura, tierra, ollas de cobre, minga — todo se consideró señal de "atraso." Ahora hay un interesante giro: las cosas expulsadas de la ciudad empiezan a despertar el interés de todos.

Tocar la tierra, cultivar tu propia comida, vivir con materiales naturales. Pero aún como nostalgia, como información; no como la cosa en sí. Lo expulsado de la ciudad es ahora lo que todos encuentran "muy interesante." Pero interesante como conocimiento, distante como práctica. Se probó caminar a lo largo del arroyo recogiendo basura — se anunció en la mezquita del pueblo, se organizó una actividad, los niños participaron, salió una pequeña camioneta llena de basura. Pero al año siguiente la situación era la misma. Se hizo dos veces, a la tercera nadie vino. Porque en el pueblo ya no hay huevos, se compran en el centro comercial. Cada quince minutos sale un coche, viene el vendedor de sandías, el frutero, los supermercados llegan hasta el pueblo.

El capitalismo global te encuentra incluso en la cima de la montaña. De niños no existía algo llamado basura; todo se transformaba, se usaba, se quemaba, se convertía en abono. Ahora todo viene empaquetado en plástico. Y ese plástico va al arroyo.

"Las personas de allí ya han sido testigos de los cambios en la naturaleza y han sacado sus propias conclusiones. De ellos han surgido dichos. ¿Se dan cuenta? Tengo tantas notas como estas, las voy acumulando."

PERTENECER

Vivir en tres grandes ciudades sin sentir que perteneces a ninguna. Esmirna, Ankara, Estambul – en cada una hay prácticas distintas pero no se logra establecer ese vínculo de pertenencia. Cuando se rompe la relación con el agua, también se pierde la motivación para protegerla. Pero en el pueblo, en el lugar donde naciste, el agua determina directamente la vida. Esta tensión no se resuelve pero se le pone nombre: pertenencia. "Soy un ser humano diminuto, aquí hay más de veinte millones de personas. No puedo. Pero en el pueblo, allí hay un lugar que aún no está contaminado, que aún se puede proteger. Y es más urgente; afecta directamente la vida de esas personas." Una voz desde Londres aporta otra perspectiva.

Allí se convive con mosquitos, telas de araña, insectos. Ni siquiera se fumiga el jardín colectivamente; no quieren alterar el hábitat de los seres vivos. Si no separas tu basura, no te la recogen. Las riberas de los ríos son públicas; parques, áreas deportivas. "Cuando supuestamente debería ser más moderno por estar más avanzado, estoy viviendo una vida más cercana a mi vida en Erzincan." Cuanto más nos limpiamos, más contaminamos y más contaminamos. Allí hay cuatro cubos de basura en casa; si no separas, no te recogen. Sanciones y concienciación van de la mano. Aquí las campañas de sensibilización quedan en el aire, no se fiscaliza. Las grandes ciudades son modelos a seguir, inevitablemente.

En todas las series, películas, en todas partes se muestra el estilo de vida urbano como ejemplo. Y cuando esos urbanitas tiran su basura al arroyo, el campesino hace lo mismo – pensando "el agua se lo lleva." Pero ya nuestra basura es tanta que el agua también tiene una capacidad limitada. De las plantas de tratamiento salen colchones, tapas de inodoro, inodoros enteros. El poder de las municipalidades para formular políticas es enorme; trabajar con ellas es una necesidad.

"Estas son metástasis. Necesitamos enfocarnos en el origen de la enfermedad principal. No importa dónde estemos."

Y quizás la metáfora raíz de birbuçuk – el jengibre – cobra sentido aquí. Encuentros sin obligación de permanecer juntos, variables, que no se cargan unos sobre otros, pero que brotan de la misma raíz. Estas conversaciones como raíz principal; los proyectos, paneles, publicaciones, encuentros que germinarán de ellas – como las pequeñas raíces del jengibre, encontrarán su propio camino. Igual que el agua encuentra el suyo. Lo importante es encontrarse, conocerse y respirar juntos. En vez de esperar resultados inmediatos, confiar en el proceso. No pensar a corto plazo. Emprendimos un camino – quizás comiendo, quizás escribiéndonos, quizás volviendo a conversar, quizás encontrándonos en Estambul, quizás en el Mar Negro, quizás en Mardin. Intercambio recíproco de conocimiento y experiencia; tanto en lo específico del arte como en su totalidad. Quizás nosotros al ir allí incluso causamos daño; hay que mirarlo también desde ese lado. Pero sin ir, las personas de allí no dirían "mira, viene gente, fíjate qué curiosos son, qué valioso es esto." El agua fluirá, encontrará su camino.

Pero nosotros también le permitiremos fluir.